

mi alcoba. Y á las cinco en punto... ¡Ah! ¡Cómo la-
tía mi corazón! También había hecho subir al por-
tero, para tener un testigo más. Y mientras la cam-
pana del reloj daba las cinco, de pronto abrí la
puerta. ¡Oh! ¡Qué acierto! Estaban en lo más culmi-
nante, hija mía. ¡Si hubieras visto la cara de mi
marido cuando se volvió!... Porque se volvió á mi-
rarnos ¡el imbécil! ¡Ah! Fué un lance divertidísimo.
Yo reía... reía... Papá, enfurecido, quería golpear al
marqués, mientras el portero, siempre sumiso, le
ayudaba á vestirse... delante de nosotros... ¡qué
broma!... Y Rosa, estuvo incomparable... Lloraba...
lloraba perfectamente... Conmovía. Es una mucha-
cha insustituible... Si la necesitaras alguna vez,
acuérdate.

»Aquí me tienes; he venido á participártelo, in-
mediatamente. ¡Ya estoy libre! ¡Viva el divorcio!»

Y se puso á bailar, saltando como loca, mientras
la baronesita murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver eso?



LA SEÑORA «BALANCÍN»

HAY recuerdos antiguos que nos obsesionan
de una manera singular sin que logremos
alejarlos.

El que voy á referir es tan viejo, tan viejo, que yo
no sabría explicarme cómo se conservó viva y te-
nazmente arraigado en mi memoria. Desde aquella
fecha, me han impresionado tantos acontecimientos
conmovedores, terribles ó siniestros, que me sor-
prende no poder pasar un día, ni un sólo día, sin
que la figura de la señora *Balancín* se me aparezca,
tal como la conocí entonces, hace mucho tiempo,
cuando yo tenía diez ó doce años.

Era una viejecita, costurera, que iba una vez por
semana—los miércoles—á casa de mis padres para
reparar la ropa. Habitaban mis padres una de esas
residencias campesinas llamadas castillos, y que
sencillamente son caserones antiguos, en torno de

los cuales agrúpanse tres ó cuatro masías que les rinden tributo.

El pueblo, un pueblo grande, «una villa», extendíase á no mucha distancia, rodeando la iglesia, una iglesia de ladrillos rojos, que los años habían oscurecido.

Todos los miércoles la señora *Balancín*, llegando á mi casa de siete menos cuarto á siete de la mañana, subía directamente al cuarto de costura, poniéndose á trabajar.

Era una mujer alta, delgada, barbuda, ó más bien peluda, porque tenía pelos en toda la cara, mechones rizados que parecían esparcidos por un demente sobre aquel rostro de gendarme con faldas. Le crecían sobre la nariz, dentro de la nariz, alrededor de la nariz, en la barbilla, en los carrillos; y sus cejas, de anchura y longitud extravagantes, grises, tupidas, erizadas, parecían unos bigotazos puestos allí por error.

Cojeaba, no como cojea un cojitranco, sino como un buque anclado en el mar. Cuando apoyaba sobre su pierna servible su corpachón huesudo y encorvado, parecía prepararse para recibir el empuje de una ola gigantesca; luego, de pronto, se hundía sobre su pierna inutilizada, como si desapareciera en un abismo. Su andar evocaba el espectáculo de una



tormenta, tal era su balanceo á cada paso; y su cabeza, donde no faltaba nunca la enorme cofia blanca, llevando las cintas flotantes por detrás, parecía rasgar el horizonte á cada uno de sus balanceos.

Yo quería mucho á la vieja *Balancín*. En cuanto me levantaba, subía inmediatamente al cuarto de costura, donde ya estaba ella trabajando, en invierno con una rejilla bajo los pies. Al oírme quitaba los pies de la rejilla, haciéndome sentar allí para que su calorillo me defendiera de un catarro en aquella estancia espaciosa y fría como un desván.

Me contaba cuentos mientras iba repasando la ropa con sus manos ligeras de mujer hacendosa; á través de los cristales de sus gafas, muy cóncavos, porque la edad había debilitado mucho su vista, los ojos de aquella mujer me parecían muy grandes, muy profundos y dobles.

Su alma—juzgando por lo que me decía, por sus juicios que impresionaron y conmovieron mi corazón infantil—era bondadosa é ingenua. Me refería con sencillez las novedades del pueblo; la historia de una vaca huída, por la noche, del establo y á la cual encontraron un día mirando girar la rueda del molino de Próspero Malet; ó la historia de un huevo de gallina, encontrado en la torre de la iglesia, y sin que nadie comprendiese cómo un ave que apenas

vuela pudo remontarse para ponerlo allí; ó la historia del perro de Juan Pilas que había ido á buscar á diez leguas de distancia los calzones de su dueño, robados por un vagabundo un día que los habían puesto á secar frente á la puerta. Refería esas candidas aventuras de tal modo, que para mí tomaban proporciones de dramas inolvidables, de magníficos y misteriosos poemas; y los ingeniosos cuentos, inventados por hombres de imaginación, que me contaba por la noche mi madre, carecían del sabor, del interés, de la grandiosidad y de la fuerza que yo admiraba en los relatos de la campesina.

Un miércoles, habiendo pasado toda la mañana junto á la vieja *Balancín*, quise volver á verla por la tarde después de haber ido con un criado á coger avellanas en los bosques de Hallets, detrás del cortijo de Noirpré. Lo recuerdo todo tan claramente como si hubiera sucedido ayer.

Al abrir la puerta del cuarto de costura, vi á la vieja caída en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos, teniendo aún entre los dedos de la mano derecha la aguja, y en la izquierda una de mis camisas. Estirada bajo la silla su pierna útil, dejaba ver la media azul, y sus anteojos brillaban junto á la pared, á distancia de su cabeza.

Huí dando voces. Acudieron. A los pocos minu-

tos pude averiguar que la señora *Balancín* estaba muerta. Me sería imposible referir la emoción profunda, penetrante, horrible, que crispó mi corazón infantil. Bajé á la sala ocultándome para llorar en el rincón más oscuro; y allí estuve hasta que se hizo de noche.

De pronto entraron con un quinqué, pero no me vieron, y oí lo que mi padre y mi madre hablaban con el médico. Le habían hecho llamar y explicaba cómo pudo producirse aquel accidente. Luego aceptó una copita y un bizcocho, sentándose para estar un rato de conversación.

Lo que dijo entonces me quedó grabado en la memoria y nunca se borrará. Creo que lo repetiría, casi palabra por palabra, si me lo propusiese.

«¡Ah! —dijo—, la infeliz. Fué mi primer cliente. Se rompió la pierna el día de mi llegada. Apenas había tenido yo tiempo de lavarme las manos, al bajar de la diligencia, cuando fueron á buscarme con mucha prisa porque su estado era grave, muy grave.

Tenía entonces diez y siete años, y era una preciosa muchacha, bonita, si las hay. ¡Quién lo diría! Su historia, que no he referido nunca, la conoce sólo conmigo, una persona que no vive aquí. Ahora que la pobre vieja ya no existe, no es una indiscreción contarla.

En aquel tiempo acababa de llegar á la villa un maestro joven, hermoso y arrogante. Las mozas le sonreían disputándosele, pero él se hizo el desdeñoso temiendo al director de la escuela, el señor Grabu, que tenía un genio desigual y áspero.

El señor Grabu empleaba ya entonces como costurera á la hermosa Hortensia, que acaba de morir en esta casa, y á la cual llamaron *Balancín* más adelante, después de su desdicha. Trató muy obsequiosamente á la muchacha el joven maestro y ella sintióse orgullosa de verse preferida por el implacable avasallador; éste la requirió de amores y obtuvo una cita en el desván de la escuela, luego de anochecer, un día de costura.

La muchacha despidióse, como de costumbre, de los Grabu al acabar su labor; pero en vez de bajar la escalera subió para ocultarse detrás del heno, aguardando á su novio, el cual no tardó en presentarse, y estaba galanteándola cuando se abrió de nuevo la puerta del desván para dejar paso al director de la escuela.

—¿Por qué ha subido usted, Sigisberto?

Sorprendido el joven maestro, respondió torpemente:

—Subí para descansar un poco echado en el heno, señor Grabu.

El desván era grande y oscuro; Sigisberto empujó hacia el fondo á la desconcertada moza, diciendo en voz baja:

—Escóndete; si no, me pierdes; me dejarán cesante. Sobre todo, que no te vean salir.

El señor Grabu, oyéndole mascullar palabras, dijo:

—Pero, ¿hay alguien con usted?

—No, señor; estoy solo.

—Pues ¿á quién hablaba?

—Le juro, señor Grabu, que no hay nadie conmigo.

—Pronto lo vamos á ver.

Y cerrando la puerta con llave al irse, bajó á buscar una luz.

El joven maestro, cobarde como hay muchos, al ver en peligro su empleo, trastornado, furioso, repetía:

—Escóndete, que no te descubran de ningún modo. Si no, me arruinarás para toda mi vida; perderé mi carrera. ¡Escóndete!

Oyóse rechinar la llave girando en la cerradura.

Hortensia corrió á la ventana, y abriéndola bruscamente, dijo al arrogante mozo en voz baja y resuelta:

—Tú me recogerás luego, cuando el señor Grabu se vaya.

Y arrojóse á la calle.

Habiendo registrado el desván, el director extrañóse de no hallar á nadie.

Al cuarto de hora, Sigisberto entró en mi casa, refiriéndome aquel percance.

La moza estaba donde cayó, sin poder moverse.

Fuimos á recogerla; llovía mucho, y la llevé á mi casa. Tenía la pierna rota por tres partes y los huesos habían desgarrado los músculos. Hortensia no se quejaba, repitiendo sólo con admirable resignación:

—¡Justo castigo! ¡Justo castigo!

Avisé á los padres de la moza, inventando una explicación de aquel percance, que supuse ocasionado por una carreta, frente á mi casa.

Me creyeron, y los gendarmes buscaron durante



un mes al culpable del accidente. Ya lo ven ustedes. Yo consideré siempre á esa mujer como una heroína, perteneciente á la raza de aquellas que pasaron á la historia por haber realizado los actos más hermosos.

No tuvo nuevos amores. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma generosa, una víctima sublime. Si mi admiración no fuera tan grande, no referiría yo la historia que guardé oculta durante toda su vida, ya comprenderán ustedes por qué razón.»

El médico había concluido. Mi madre lloraba. Mi padre dijo algo que yo no entendí. Salieron de la sala.

Y me quedé allí de rodillas, gimiendo, mientras oía en la escalera un ruido extraño.

Se llevaban el cuerpo de la señora *Balancin*.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL MARQUÉS DE FUMEROL

HABLABA Roger de Tourneville, sentado á horcajadas en una silla; sus amigos formaban círculo á su alrededor, y él tenía el cigarro entre los dedos, acercándose de vez en cuando á la boca, dando una chupada y soltando una nubecilla de humo.

...Estábamos en la mesa cuando llevaron una carta. Papá la abrió. Ya conocen ustedes á mi padre, que se considera representante del rey en Francia. Yo le llamo don Quijote, porque se batió durante doce años contra los molinos de viento de la República, sin averiguar á punto fijo si lo hacía por los Borbones ó por los Orleans. Ya sólo á nombre de los Orleans empuña su lanza, porque no quedan otros pretendientes. De todos modos, papá se considera el primer caballero de la Monarquía, el más conocido, el